

COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

VIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

Estamos celebrando el octavo domingo del Tiempo Ordinario. En este Ciclo de Lecturas A la liturgia nos propone reflexionar con el capítulo 49 del Libro del Profeta Isaías, el inicio del capítulo cuarto de la Primera Carta del Apóstol Pablo a los Corintios, mientras que el evangelio es el capítulo sexto de San Mateo. El Salmo 61 nos invita a permanecer en el Señor: "Descansa sólo en Dios, alma mía".

Cuando tenemos problemas, cuando hay dificultades, y si estas se prolongan en el tiempo, la persona puede llegar a sentir que está lejos de Dios, que el Señor le ha abandonado. Puede ser una tentación, si la persona es creyente convencida, o puede ser una actitud permanente si la persona no vive mucho la religión. Porque una cosa es clara: tanto el que cree, como el que no, al final sabe que Dios tiene que ver con la vida, tiene influencia sobre la persona. Sólo que la perspectiva de ver esa acción de Dios, o de dejarla de ver, es diversa. Quien cree, como decía antes, puede sentir como una tentación el pensar que Dios le ha dejado sólo ante las dificultades y problemas. Y como tentación que es, entonces la persona reflexiona, intensifica su relación con Dios a través de la oración y los sacramentos, y aleja esa tentación, afrontando las dificultades y problemas con una nueva mentalidad, sabiendo que Dios no abandona. Pero el que no cree, entonces se encarniza contra Dios y le culpa de todo lo malo, Dios le sirve como de chivo expiatorio. Y tal vez, en vez de mejorar, la situación empeora, porque si no se tiene serenidad, al afrontar los problemas o dificultades, no se verá con claridad cuál puede ser la solución. Isaías, al hablar al pueblo de Israel le dice, pone en labios de Sión la expresión "me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado", para poner inmediatamente en labios de Dios la respuesta: "¿es que puede una madre olvidarse de su creatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré". Está es la mayor certeza que puede tener un creyente, Dios nunca nos abandona.

El discurso del abandono de Dios, del sentirse alejados de él, se complementa con lo que plantea Jesús en el evangelio de hoy: "No se puede servir a dos señores, no se puede servir a Dios y al dinero". Digo que se complementan porque Jesús está explicando que cuando la persona tiene el corazón dividido, al final termina dedicándose sólo a una de ellas, y normalmente la inclinación va hacia el dinero, porque con él es que se pueden comprar las cosas para vivir. El pensamiento común es que si no se tienen recursos, entonces la vida se hace difícil. Y es verdad, porque, lamentablemente, la sociedad en que vivimos está basada en un sistema de capitales donde el dinero es la base de las relaciones sociales, y es el principal motor del bienestar. Quien es rico puede tener resueltos sus problemas, pero el pobre tiene sufrimientos, porque muchas veces no hay dinero ni para comer. Desde esta perspectiva nos puede parecer contradictorio el planteamiento de Jesús, que no nos preocupemos, porque Dios proveerá. Y si no se trabaja, no se gana nada, y por ende no se come. Pero las palabras de Jesús las debemos entender en el

sentido que no debemos absolutizar los bienes materiales, en especial el dinero, no lo debemos convertir en Dios. De esto es que nos está previniendo Jesús, porque cuando el dinero se convierte en Dios, entonces la lógica para ganarlo y conseguirlo se convierte en nuestra religión, y sabemos que muchas veces conseguir el dinero de manera fácil no se hace con cosas buenas, sino con cosas malas. Jesús te pide que seas honesto, que tengas lo tengas a él como Dios, y lo demás será relativo, se nos dará por añadidura.

La segunda lectura, de la primera Carta del Apóstol Pablo a los Coríntios refuerza el mensaje anterior, ya que pone en el plano de la conciencia lo que significa ser un fiel creyente, que es algo similar a un administrador, a quien se le pide sólo que sea fiel, transparente. Pablo nos invita a que vivamos nuestro compromiso de fe con la conciencia que es a Dios a quien debemos rendir cuentas, es quien ve el fondo de nuestros corazones.

Jesús nos invita a sincerarnos con él, y a sincerarnos con la vida. Él debe ser el centro de nuestra existencia, y todo lo demás sólo será necesario en la medida en que nos sirva para vivir dignamente. Con esta actitud, el dinero nunca será nuestro Dios.

Fuente: Radio vaticano. (con permiso)